



III



¡H, querida! no me puedo decidir á levantarme...
Es Lucía la que habla con Manzana de Anís que ha ido á pasar tres días á la quinta de Atchuria. Están en el mismo cuarto, Lucía en un lecho de color de rosa, Manzana en un lecho blanco.

... Hablando así, Lucía salta y corre, riéndose, para, como ella dice, estirar las piernas... piernas redondas y cobrizas, cortadas por la camisa delgada y corta. Bosteza, se sube á una butaca, para hacer equilibrios, en un pie. Luego, de pronto, al pensar que tanta flexibilidad puede entristecer á su amiga:

—¿Querida, si quieres te ayudaré á bajar de la cama?

Se acerca á Manzana de Anís, la toma delicadamente en brazos. Y Manzana hace un leve esfuerzo y se deja resbalar como una campánula que se cierra.

—¡Uf! Perfectamente. Gracias. Dame las medias, haz el favor.

La mañana de agosto es azul. Se la puede comparar á un abismo de agua tranquila cuyos bordes estuvieran sacudidos por los follajes, porque, desde el pie de la escalinata hasta la línea que con su contorno forma un acantilado de azul grisiento, el sombrío océano forestal se riza. Es una sucesión de espesas olas verdes en un golfo de nácar. Aquí y allá, lo mismo que en medio del mar, entre las olas altas, se forman grandes espacios de agua apacible, los prados se extienden. El torrente, en un punto preciso, brilla. El cielo fluye hácia él, entre dos alisos... Luego asciende un camino, entre los husos de los chopos, encorvados todos como plumas, hácia el mismo lado, porque sopla una brisa insensible; el camino que pasa á lo

largo del pálido incendio de los terrenos labrantíos, los centenos y las amapolas; el camino que, en la estampa antigua, traía de nuevo al país al soldado licenciado que saludaba con la mano la humareda de su choza.

Lucía y Manzana de Anís van por este camino. Manzana está tocada con un casquetillo fuera del cual vuelan los rayos de sol de sus cabellos, y Lucía con un ancho sombrero amarillo que parece una adormidera loca, bajo el que rompen dos bandós de noche estival. Manzana viste un traje gris, sin talle, severamente cerrado en el cuello por un camafeo que le regaló el tío Tom y que representa un corazón echando á volar ante un perro en acecho; Lucía, un vestido de muselina blanca, descotado apenas, y la sombra misteriosa de los pechos aún no en sazón, se ahonda bajo una cadena de plata.

Abren el cañizo de una casa de labor y entran en un huerto, en donde se sientan.

—Querida—dice Lucía á Manzana de Anís—me siento muy...

—¿Qué?

—No sé... Me parece que tengo gana de algo que no sé lo que es...

—¿De qué, vamos?

—No son ganas... Me siento irritada al despertar...

Súbito, bajo los girasoles, lloran á un tiempo los pavos blancos.

—Tienes lágrimas en los ojos, Lucía... tan contenta como estabas hace un momento.

—Es el perfume de la magnolia que me hace daño.

—¿Nada más que el perfume de la magnolia, adorada mía?...

Sobre el techo de la casa de labor, en el silencio solemne de la caligine, se oye picotear de pichones.

—Lucía, dime...

—¿Qué? Manzana de Anís...

—¿Le quieres?

—.....

Del lado de los cassis, sobre el reflejo de las campanas de melones, se cruzan las marañas de las abejas.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Oh! sí...

—Y él ¿lo sabe?

—Debe saberlo.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Oh! amiga mía...

—¿Cómo lo sabe, dímelo?

—¡Oh! Déjame, me hace bien el llorar sobre tus rodillas..., Dí, ¿no las hago daño, á tus rodillitas?

Nuevamente, bajo los girasoles, los pavos blancos lloran juntos.

—Pero, mira, Manzana de Anís, tengo un escrúpulo muy grande...

—¿Cuál, cariño?

—... Tormento de mis días y de mis noches... que me hace despertarme antes del alba... y que me hace sollozar así...

—.....

—... Temo que tú quieras á Juan.

Una rubeta croa. Llueve á lo lejos, por encima del ribazo ensombrecido de pronto. El arco iris se levanta sobre el bosque.

—... No...

—¿No?

—No... No quiero á Juan.

—¡Oh! ¡Qué feliz soy!...

Nuevamente, bajo los girasoles, lloran juntos los pavos blancos.

Anchas gotas olorosas y tibias, presto evaporadas, caen sobre la escalinata de la quinta de Atchuria, en el momento en que Manzana de Anís y Lucía suben por ella.

—Hijas mías—les anuncia el Señor de Atchuria que está á la puerta—estaréis contentas, porque vuestra buena amiga Mariquita y su hermano Juan han tenido la amabilidad de venir á almorzar con nosotros. Están en el salón. ¿Venís?

—Un momento, papaito—dice Lucía—el tiempo de ir á nuestro cuarto, y bajar.

Suben las dos la escalera antigua, seca, sonora y encerrada, entran en su habitación, se arreglan. La hechicera frescura de sus cuerpos se viste de esa blancura misteriosa que asemeja los dormitorios de las muchachas á los panales de cera virgen. Ya están dispuestas para bajar.

—¡Oh! qué contenta estás, Lucía mía—dice gravemente Manzana de Anís—y qué guapa estás...

—Tú, más que yo... ya lo sabes—responde la niña morena y dorada.

Y Manzana de Anís, con un temblor en la voz:

—Sostenme un poco, querida... Espera... para volver á bajar... necesito la barandilla y tu mano...

Entran en la sala.

—¡Mariquita, qué suerte!

—¡Lucía!

—¡Manzana de Anís!

—Buenos días... buenos días, Juan.

—Buenos días.

En un vasto sillón de flores de un azul destefido, Manzana de Anís está sentada. Tiene aspecto de cansancio, pero no hay nada más gracioso. Su mano ridículamente pequeña, se apoya en la cerceta del puño de su bastón de ébano. Su cuerpo, casi tendido, se abandona. Pero la cabeza continúa erguida, altiva; la boca es tan fina, que para corregir su finura algo agresiva es necesaria la luz de una sonrisa centelleante de bondad. Y la mirada gris violeta de la niña tiene ya la gravedad real que otorgan, en alianza con la estirpe, el sufrimiento y la resignación.

De pronto, lanzan un grito de alegría. ¡Es el tío Tom! ¡Qué sorpresa!

El intrépido tío Tom, aparece, llevando en bandolera su caja de Dillenius de color de forraje fresco. Saluda, sosteniendo un ramillete de gencianas azules y de brezos sonrosados, que ofrece á la señora de Atchuria.

—¡Oh! gracias, señor des Arbai-

lles... Lucía... Pongo en agua... Parecen de nácar...

Viernes, que ha seguido á su amo, olfatea los sillones, pone sus patazas llenas de lodo sobre las rodillas de Mariquita, le falta poco para tirar no sé qué de un coletazo, reconoce á Manzana de Anís, yergue las orejas, ladra, recibe un ligero puntapié del tío Tom, trata por fin de meterse debajo de un mueble de patas demasiado bajas para que pueda pasar.

El señor de Atchuria, pregunta:

—¿Está Vd. contento, señor des Arbailles, de su herborización?

—Me he entregado más de lleno esta mañana á la pereza del paseo que á los encantos de la botánica... Me he sentado entre campanillas azules y sonrosadas, de las que he hecho ese manojo, y he mirado á las ardillas.

Entran en el comedor. Está fresquisimo. Las codornices asadas son deliciosas. Los platos antiguos del aparador alegran con sus colorines violentos. ¡Qué bien están esos tulipanes amarillos y violáceos que hacen pensar en yo no sé qué jardín del pasado! ¡Qué graciosos, esos pá-

jaros azules de luengas patas, coronados por un plumero!... Diríase que recorren, sobre la loza, un césped de Persia, un césped sobre el que alienta un céfiro tan suave que les alisa las plumas.

—Hace mucho tiempo, señor des Arbailles—advierte la señora de Atchuria—que Manzana de Anís no ha comunicado á Lucía ninguna de sus encantadoras fábulas...

Porque el tío Tom, lo saben todos, es poeta á ratos. Compone fábulas sobre cuanto se refiere á la naturaleza, los animales, las flores, las piedras. Se detiene, para escribirlas, en algún bosque. Le gusta la soledad, los lugares aislados en donde sólo escucha el gotear de la fuente, el ruido intermitente del arroyo que forma el manantial bajo las colas de caballo. Pero el tío Tom es bastante avaro de tales fábulas, aunque ha publicado algunas con gran éxito. Manzana de Anís se vuelve loca por esas poesías que encuentra á veces hundidas en el fondo de la caja verde de su tío, bajo helechos y musgos. No conoce nada mejor que esos versos que á veces son prosa. Ve venir

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1.º de Mayo de 1925

con frecuencia á la quinta de Anís gentes extrañas al país, que se conmueven cuando hablan con el tío Tom, y le dicen: Es Vd. un gran poeta... Alberto Samain la había acariciado la mejilla cuando era muy pequeña... Se parecía á un cisne... Acaso el poema aquel que había leído una noche junto al hogar, era su canto de cisne... Los cisnes cantan antes de morir...

Sí, Manzana de Anís cree, Manzana de Anís sabe que tío Tom es un hombre extraordinario á pesar de que le gusta envejecerse, de que lleva anteojos de oro, de que parece preocuparse ante todo de la opinión de los hombres y de que regaña con tía Virginia.

Por eso, terminado el almuerzo, Manzana de Anís va furtivamente á hurgar en la caja de Dillenius hasta que trae, de bajo las hierbas olorosas, un pedazo de papel garrapateado que blande al entrar en el salón.

—¡Aquí está la fábula nueva del tío!

Pero el autor, que acaba de encender la pipa, se ruboriza y se azora.

—Deja... chiquita... otra vez...

Pero Manzana, que ha leído ya, ella sola, rápidamente, contesta:

—Tío Tom, ya veo que temes que esta lectura me haga sufrir... Tío Tom, ¿por qué no quieres que lea yo en voz alta esta fábula que es tan hermosa?... Estaría mal hecho, privar á los demás de tal gozo... Y tú crees que eso...

Y antes de que el tío Tom haya tenido tiempo para oponerse con mayor ahinco, Manzana de Anís lee, con una voz tan pura como la del manantial junto al que se escribió, este poemita compuesto sin duda con el ramillete de por la mañana:

EL POETA

Más allá del bosque levantado por el viento, más allá de la fuente hueca y de la barranca, y del parque que atravesó, según dicen, en un día de nieve, con los hombros desnudos, una muerta que sufrió una riña por haber salido á hurtadillas del baile... ¿A dónde se fué? ¿En dónde está?

Más allá de la alfombra de césped, en donde el lagers-traemia levanta sus

flores rosáceas y tristes que le dan el aspecto de una mata de lilas del otro mundo; más allá del huerto en donde no dejan entrar á los pavos reales dorados, he cogido esta flor de brezo de color de sol sonrosado, junto á la genciana. Oh, flores, ¿quién soís? ¿Cuál es vuestro sentido? ¿Por qué tal afirmación de vosotras mismas que me horroriza?

LA GENCIANA

No soy más que la amargura vestida de azul. La desolación me agrada. Como á tí, me gusta el hálito del sur en los abedules y el torrente que borbotota. Como tú, vuelvo amargo cuanto se me aproxima, y el cazador que bebe en la fuente que me sirve de baño, experimenta amargura tal, como la que tu sentirías si bebieras en la fuente en que se hubiera sumergido la que está lejos de tí. ¿Hablabas de una muchacha del tiempo antiguo que salió del baile, en noche de nieve, para ir al encuentro del amor?

Sentóse bajo la glorieta seca y despertó á un petirrojo. Pero el novio no fué á la cita y el corazón de la mucha-

cha se llenó de amargura como el mío. Y, desde entonces, fui la flor que prefería coger cuando, desocupada y sin encontrarle gusto á la vida, buscaba en la apariencia de mi corola el recuerdo de su traje de baile, y, en mis labios, la amargura de los suyos.

LA FLOR DE BREZO

No soy más que la soledad con vestido sonrosado. A lo más me extravió á veces hasta este valle, en donde la genciana me busca. Porque los que son amargos se pacifican en la soledad. Pero mi dominio es la colina arenosa y desierta, y no me duele mi aislamiento. A veces, desde la quinta, cuyo estanque distingo, sube hasta aquí una muchacha como yo, vestida de rosado color y graciosa. Quien la viera sentada entre mis matas, no comprendería qué causa le hace buscar también la soledad. ¡Ay! Esta muchacha, á pesar de su gracia, está inválida como yo, que tengo delicadas flores prendidas á un tronco lleno de nudos.

Y como esta lectura ha causado cierta emoción, aunque ha encantado á todos:

—¿No es verdad, tío Tom—pregunta Manzana de Anís—no es verdad que yo soy algo... flor de brezo?

Y tío Tom le contesta:

—Sí, hija mía, por tu tez de luz sonrosada eres una flor de brezo, y también porque encantas la soledad de un solterón... Pero sólo por eso... Porque si hubiera tenido que encontrar una hermana tuya entre las plantas...

—Hubiera sido...

—La violeta gris, tan modesta que nadie la puede advertir si no es que el viento sur le lleva el aroma.

—¿Y Lucía?

—¿Qué, Lucía?

—¿Cuál es la flor de Lucía?

—Mira—contesta sonriendo el tío Tom—la flor de Lucía no sería flor... ó más bien esa flor sería una seta...

—¡Una seta! ¿Cuál? ¿Cuál?

—El agárico. Porque se dice que los agáricos, en el vaho trémulo de las noches, bailan bailes. Van de los ribazos arbolados á los salones de chochaperdices adornados con primulas. Y allí organizan pasos tan graciosos que no pueden desenlazar-se y la aurora los sorprende agrupa-

dos en círculos... Lucía es la reina de la danza.

—¡Oh! tío Tom... Qué bonito, lo que Vd. dice... ¿Y la flor de Mariquita?

—La flor del trébol encarnado.

—¿Por qué?

—Dicen que canta... que canta con tal ternura que los hombres no pueden oír-la, sino únicamente los animales y las cosas que se encierran en sí... y eso provoca el enorme silencio del mediodía.

—Pero, señor des Arbailles—dice Juan—es una delicia el oírle á usted hablar así de botánica...

—De una botánica—añade el señor de Atchuria—de la que él es rey...

—A ver—pregunta la señora de Atchuria—puesto que Tom es el rey de las flores, ¿cuál es la reina?

—¡Yo lo adiviné!—exclama Manzana de Anís.—¡Es la reina de los valles!

Así, en este juego fútil y encantador, el tiempo pasa hasta muy cerca de la hora de la merienda. Y el tío Tom propone:

—¿Si llevarais vuestras cestas al bosque? No voy muy lejos de aquí...

sólo á coger una *parnasia*, y á visitar á mis *rocios del sol*, llamados también *yerbas de la gota*. Están á dos pasos... ¿Venís, niñas?

—Id... me quedará yo—dice Manzana de Anís.

—¡Ah! Nada de eso... ¿Cómo se entiende?

—No quiero serviros de estorbo... Tendríais que ir demasiado despacio.

—¡Buena es esa!... ¡Vaya con Manzana de Anís, que quiere hacerse desear!...

Con melancolía, se pone en pie. Su hombro derecho se levanta un poco, porque la mano se apoya en el lindo bastón. Así, Manzana está encantadora. ¿Por qué parece añadir un encanto á la gracia la languidez de la leve molestia? ¿Se mira á la niña con lástima y con piedad? ¡Ah! Nada de eso. La claridad de los dientes y de la sonrisa, la plata pálida de la barbilla levantada, provocan otros sentimientos en quien, como Juan, en esta hora, siente fluir sobre sí la mirada que hace gris al iris. Se pone la gorrita sobre los cabellos de ceniza fina, y coloca bien, sobre su corpiño, el medallón de

cristal en el que se abre un pétalo de alelí.

Tío Tom, Manzana de Anís, Lucía, Mariquita y Juan llegan á un valle muy próximo. Lucía que está desconcertada por la presencia de Juan, parece que le huye. De tal modo los primeros pudores son semejantes á las corolas, que se cierran al aproximarse la tempestad que las refresca. Pero el joven habla con la señorita de Anís, un poco rezagados de los demás.

—¿En dónde vivía Vd., Arnústegui, mientras estuvo en Lira?

—No lejos de una posesión antigua que había sido de los de Elgorriaga, de la familia de mi madre... precisamente en la esquina de la plaza de San Juan, al lado del frontón.

—¡Ah!... ya veo el sitio. Me gusta aquel barrio... y su olor de aceite frito y de hinojo, y las ramas colgadas junto á los laureles benditos, y el gritar de las sardinera, y el repique de San Marcial...

—¿Y Vd. ha vivido mucho tiempo en España?

—No... apenas dos meses... sólo en Lira, con mi tío Tom.

—¿Entonces recordará Vd. la posesión de Elgorriaga, de que hablaba yo?

Manzana de Anís se ruboriza.

—¿Es una que domina el mar? —pregunta.

—Precisamente.

—... Hay un jardín grande y triste, rodeado de una pared vieja. Espere Vd...

—Eso es.

—¿Y un escudo enorme de piedra que se viene abajo, sobre la puerta?

—Sí.

—... Bajo ese escudo cogí yo el alelí, del que llevo un pétalo en este corazón de cristal.

—Son las armas de los de Elgorriaga.

—Los de Elgorriaga vienen de Galicia, ¿no es verdad?

—No... De la provincia de Murcia, de Cartagena. Eran corsarios al servicio del rey.

Manzana mira á Juan, sus ojos de océano, su tez, un poco tostada. Y la imaginación viva de la muchacha la lleva á aquella época lejana. Atrevido, ágil y hermoso, hubiera trepado por los cordajes, se hubiera

columpiado en la tormenta, acechado por encima del mar... Es singular... Es singular, como se parece á Lucía... salvo en los ojos... Tienen aspecto de ser de la misma raza... Cierto que los de Atchuria son bascos...

—Juan.

—¿Dice usted?

—¿No le parece que mi amiga Lucía en muy española?

—Muy española.

—¿Verdad qué es guapa?

—Muy guapa, en efecto... Pero me gustaría indudablemente más su belleza si no sintiera que es del mismo origen que yo.

—Entonces...

Tío Tom lanza una exclamación:

—¡Mi parnasia!

Levanta por cima de su cabeza la flor que acaba de coger, esa flor que no soporta en su tallo más que una sola hoja adorable y cuyos pétalos parecen de un cristal redondeado, con venas de luz, adornados por dentro con penachos de seda dorada y verde, semejantes á las que los pavos reales dejan oscilar sobre su

cráneo de metal azul. ¡Mirad! mirad... exclama el botánico. Es la planta de las Musas... La parnasia... En esta muestra que yo acechaba, todos los estambres han sido substituidos por estaminoides... Vamos en busca de las yerbas de la gota, mendaremos en seguida...

Y Manzana de Anís, pregunta á Juan:

—¿Qué flor prefiere Vd.?

El contesta:

—... La violeta gris.

El pregunta:

—¿Y Vd.?

Ella contesta:

—... El alelí.

Tío Tom se exalta cada vez más. Pronuncia un verdadero discurso ante las yerbas de la gota que acaba de desarraigar de un terreno empapado, y ante unos fáciles marinos que acaba de descubrir.

—Sentaos—dice—y haced vuestra comidita cerca de esta fuente, en este bosque, de césped jaspeado de cólquicos. ¡Qué curioso!... Mirad en esta barranca, tan alejada como está del océano, ¡cuántas conchas ha dejado el diluvio!

—¿Són del tiempo del diluvio?—interroga Mariquita.

—Sí, hija mía, del diluvio... Y más tarde, cuando vuelva el mar, cuando, por sobre la copa de las encinas remen otra vez los hombres, las langostas se asombrarán al encontrar en este sitio... ¡el collar nuevo que acaba de perder este idiota de Viernes!



IV

ABUELITA DE ANÍS y la señora de Anís bordan. Tía Virginia des Arbailles, que enarbola en una gorra suya una petunia violácea que termina como su nombre y Manzana de Anís, hacen encaje. Tío Tom ha ido al invernadero.

Agosto dura todavía, coronado de cigarras y abejas, erguido en la vendimia. Por las ventanas del salón se divisan los rastrigos, flautas ligeras de las codornices.

Manzana de Anís piensa en los últimos días que pasó con Lucía... en Juan...

Desde la confesión que éste hizo á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
L. 1675

Manzana de Anís, en el valle de la herborización, de que la flor que prefiere es la que el tío Tom comparó á su sobrina, está toda emocionada, toda molesta... Tanto más cuanto que Lucía de Atchuria sigue abriéndole su corazón, desde la confianza que le hizo en el huerto de la alquería. Ahora, la seguridad que cree tener la niña enamorada de que su amiga no está prendada de Juan, la induce á menor reserva y á medida que esta reserva disminuye, la pasión aumenta.

Ahora bien, Manzana de Anís es demasiado lista para dejar de comprender que Juan no comparte ese amor, aunque se manifieste obsesivo con Lucía. Y sin querer atribuir más importancia de la necesaria á las galanterías que le ha disparado el joven basco, Manzana de Anís puede, sin embargo, confesarse que, entre las dos, ella es la preferida...

Manzana piensa.

Piensa que, si no fuese coja, Juan la pediría tal vez en matrimonio... Hubiera estado tan bien... A dos pasos los unos de los otros... Juan es

muy simpático á Tío Tom y á mamá... Juan se casará joven... El lo ha dicho... Su padre, de mucha edad, ya no puede ocuparse de las tierras de Arnústegui... Será, pues, necesario que Juan le substituya muy pronto... Además, no es desagradable al joven la perspectiva de esa existencia clara que comienza á punto de alba con los gritos de los lebreles y acaba á la hora en que los corazones de bronce suspendidos en los collares de los animales dejan de sonar... Pero es imposible que Juan le tenga nunca amor, puesto que es coja. Coja. Es coja. Dios mío, libradme, piensa. Señor, habéis curado á los paralíticos, habéis devuelto la vista á los ciegos, habéis resucitado á Lázaro, hermano de Magdalena... Magdalena derramaba sobre vuestros pies sus cabellos perfumados que inundaba de lágrimas... Dios mío, vos obráis tales milagros en el rincón de los hogares oscuros porque amáis á los pobres... Dios mío, quizá nosotros no somos bastante pobres... Dios mío, quizá si la Virgen no me ha curado en Lourdes, es porque no he nacido en un pese-

bre miserable y porque no he estado expuesta, toda desnuda, sin tener para calentarme más que el aliento misterioso del buey y del asno. Dios mío, os ofrezco mi corazón en mis manos juntas... Venderé, para repartir su valor á los pobres, el zafiro que me regaló tía Virginia. Soy vuestra sierva. Quisiera poder arrodillarme ante vos como, sobre la sombra azul de las losas, se arrodillaba sor Magdalena des Arbailles, que era como un pavo real muy grande...

—¿Mamaíta?

—¿Querida?

—¿Te contrariaría mucho, si te pidiera una cosa?

—Di, hija mía.

—Que fuéramos todos á Lourdes, cuando la gran peregrinación...



V



como en los días de la niñez, héla en Lourdes con abuelita de Anís, mamá, tía Virginia y tío Tom. Y como entonces ¡ay! no sé qué dolorosa casualidad, qué misteriosa molestia, qué estirones más agudos en la cadera, hacen que no pueda seguir á pie la procesión.

¡La mañana de la gran peregrinación! Los corazones del cielo, las campanas, se interpelan. ¿Quién sabe? Quizá durante la noche las visitaron ángeles curanderos y celebran conciliábulo. Desde su lecho, Manzana de Anís mira el cielo de la montaña y no sabe por qué se le hu-

medecen los ojos de alegría. Le parece ver, más allá de la tierra, el reposorio del Paraíso, un reposorio más claro que una Nochebuena, desplomado sobre peonías de un color de violeta pálido como la nieve.

Por la tarde, entre cuatro, la llevan en hombros: dos muchachos desconocidos, tío Tom y Juan, que es camillero. ¡Oh! pobre corazón, martirizado entonces, el de Manzana...

Un bordón truena en el sol. Una campana le contesta, clama hácia Dios, una campana que tiene voz de niña de primera comunión. La multitud se mueve, se ordena, se desenvuelve como río de fuego que arrasara casullas de oro. El alma del dolor se exalta en las súplicas. Una tromba de incienso, de luz, y de cánticos se levanta en el aire, devorándolo. Los tullidos, los cancerosos, los enfermos de enfermedades que no tienen nombre, tienden los brazos en cruz hácia los campanarios enloquecidos. Un niño en un coche tiene los ojos y la nariz roídos por una lepra... Y la voz débil de la campanilla se distingue sin cesar en medio del ensordecedor repique de las de-

más, parece pedir á Dios su parte de eternidad. Y no sé qué bondad se cierne sobre tantas miserias.

Y Manzana de Anís domina la multitud. Desde sus parihuelas percibe las cabezas descubiertas de los hombres, los pañuelos de las bearnesas, las cofias bretonas inclinadas en la brisa como las velas de los barcos en la tormenta. Ahora, se siente feliz, balanceada apenas por Juan y el tío Tom, como una flor de muselina, á los pies del Señor.

En el momento de alzar, se siente morir, herida por el amor de Dios. Un estremecimiento semejante al que propaga el trueno de los órganos le recorre los brazos, le pasa por los cabellos como brisa glacial.

Cuando sale de la piscina, cojea aún. Pero en el momento en que Juan levanta la camilla en donde la han vuelto á acostar, la muchacha siente su oído hechicero acariciado por un soplo tan dulce como los cánticos. Y oye una voz, venida del cielo quizá, que le murmura:

—La quiero á Vd.

La llevan, loca de silenciosa alegría. Y toda la noche su sueño no es

más que un delirio divino... Está con Juan en Tombuctu. Un misionero joven, de barba blanca, el hermano Sebastián, creo, bendice su unión bajo las lianas ardientes. Y, posada en un árbol parecido á los del Paraíso terrenal, sor Magdalena, la Reparadora muerta, deja colgar entre el follaje su cola azul y dorada.

Pero, de vuelta en la quinta, Manzana de Anís es presa de una depresión tan fuerte como lo había sido la exaltación de los días últimos. En el mismo salón en que pidió á su madre la gracia de ir á Lourdes, piensa otra vez en Juan:

—No se quiere á una enferma—se dice...—Es la compasión, lo que ha hecho hablar á Juan... Juan no siente amor por mí... Pero debe tener corazón religioso... Cuando lleva sus sandalias, su albornóz y su boina, se parece á los peregrinos que iban á Tierra Santa... Sí, sí... Recordaba que en Lira había contemplado buen espacio el escudo de piedra de los de Elgorriaga... Tenía conchas de Santiago... Los antepasados de Juan habían debido pasar por los caminos frescos que van á Compostela y por

los desiertos calcinados de Palestina... Juan había heredado de ellos la pasión de auxiliar á los enfermos... Era el Buen Samaritano... Había derramado, como un óleo precioso, sobre la llaga de una desheredada, estas palabras: La quiero á Vd... Pero no era amor; no podía ser amor... Porque, si hubiera sido amor, ella hubiera sentido sin duda algo violento... Mientras que había sentido en el fondo del corazón una ternura agradecida... como el permiso de Dios...

Y este pensamiento de que Juan no ha obedecido sino á la compasión, remuerde á la muchacha. Y ella que dudaba hace poco del amor de Juan por Lucía de Atchuria, cree ahora en él. No es por indiferencia hácia Lucía, piensa, por lo que el joven habló de aquel modo en el valle poético en donde el tío Tom cogía sus flores amadas... No... sencillamente, en su excesiva delicadeza, quería evitar á una tullida el desconsuelo de mostrarle su preferencia por la de piernas ágiles y redondas que sabían hollar el vino de las danzas españolas...

Si, continúa diciéndose, por un sentimiento demasiado alto para poder ser analizado es por lo que Juan, en Lourdes, en un espíritu de caridad, de sacrificio y de compasión, porque la veía volver cojeando de la piscina, murmuró esas palabras...

Manzana de Anís se refugia en el invernadero. A veces, ayuda al tío Tom. La semilla de heliotropo, sacada del sarcófago egipcio, ha germinado. Así el corazón se recoge á veces, mucho tiempo, antes de estallar. Pero entonces busca el rocío, como lo busca la planta, y si no encuentra rocío, pide á Dios que le dé á beber lágrimas.

En una tarde gris es cuando la casualidad hace que Manzana de Anís se encuentre sola en el invernadero, con Juan, que no se sabe por qué razón, se ha anticipado á la llegada de su hermana Mariquita. Y al tío Tom, acaban de llamarle desde la quinta para un asunto de granjería.

—Os dejo solos, hijos míos... Distraeos hojeando las últimas láminas del herbario...

Distraído, Juan abre el herbario

y, en la página primera, se extiende aquella parnasia admirable que el tío Tom había cogido el día en que Juan hizo comprender á Manzana de Anís el dulcísimo sentimiento que le había consagrado.

—¿Se acuerda Vd.?... ¿Se acuerda usted?—repite.

Y al verla callada:

—¿Se acuerda Vd. de que la quiero?...

Por absurdo que pueda parecer, la franqueza de tal confesión, lastima á la muchacha. Sus meditaciones demasiado largas—¡ay! como cuantas se refieren á los celos—han levantado el andamio de un doloroso sistema que se resume en esto: Soy coja. No puedo inspirar amor. Y además: Juan me quiere por compasión. Si no fuera por eso se casaría con Lucía...

Tiembla, sin embargo, como fuente al sol. ¿Qué contestar?... ¡Ah! Dios mío, no había previsto...

Juan, le dice:

—¿Quiere Vd. darme la mano?...

Ella tiende la mano derecha, haciendo pasar á la izquierda el bastoncito de ébano con puño de cerceta.

Pero en seguida, ruborizada, retira la mano que dió. Dos lágrimas ruedan de sus ojos grises...

En una de las tibias fuentes del invernadero, dos flores se inclinan con amor, una sobre otra. A estas nada les impide que se unan, porque no están heridas más que por la inocencia de Dios.

¡Oh, semillas que el viento montañés transporta en sus alas, seáis hijas de la genciana amarga ó del mirtilo agradable, igual dulzura tenéis á la hora en que los pólenes se desposan al rumor alegre de las abejas!

—Laura — continúa Juan — dando gravemente á la señorita de Anís ese nombre, que es el suyo de pila... Laura... ¿Quiére Vd. ser mi mujer?

Ella hace un esfuerzo violento. Contesta muy dulcemente:

—No...

Y se desploma, la infeliz... Deja caer su pobre bastón... Los brazos de Juan sostienen á la niña desmayada, sintiendo, junto á su pecho robusto, los pechitos y el corazón que apenas late.

La muchacha vuelve en sí.

—Amigamia—pregunta él...—amiga mía... ¿La he causado pena?...

—Sí, no me hable Vd. más de eso, se lo suplico... nunca... nunca... Ya sé... Eso es imposible... Se lo he ofrecido á Dios... Nunca seré mujer de nadie... Juan, prométame Vd. que nunca me volverá á hablar de ello.

—Nunca... ¿Seguirá Vd. siendo amiga mía, verdad?

—Seré... hermana suya.

En el silencio perfumado del invernadero, sobre el estigma de una flor de begonia á la que falta un pétalo, una avispa deja caer de su ala un beso de polvillos de oro.